

Posiciones

De catálogos y procesos: escribir la historia literaria de América Latina

Of Catalogs and Processes: Writing Latin American Literary History

Martín Sozzi

Universidad Buenos Aires

Universidad Nacional Arturo Jauretche

Universidad Nacional de Hurlingham

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3351-0149>

martinsozzi@gmail.com

Recepción: 10/05/2024

Aceptación: 03/06/2024

Resumen: Las historias literarias modernas, aquellas que surgen a partir de las tentativas historiográficas del romanticismo alemán, se constituyen como un relato que configura y busca organizar un sector del espectro histórico, constituido por autores, obras, movimientos estéticos. Roberto González Echevarría (1992) propone que a partir de la Ilustración y el Romanticismo surge una idea de la historia literaria como “forma narrativa”. Esta concepción señala un quiebre con formas anteriores de registro –enciclopedias, tesoros, catálogos– ya que solo vagamente instauraban la posibilidad de un relato, una idea de encadenamiento lógico entre sucesos. En esas largas listas, organizadas alfabéticamente, en ciertos casos, arbitrariamente, en otros, no pueden establecerse todavía continuidades, sucesiones, quiebres, acontecimientos destacados: solo existe un acopio y una yuxtaposición de elementos.

La historia literaria de América Latina se fue configurando a través de un extenso periplo. En este trabajo abordaremos algunos momentos paradigmáticos en relación con diferentes posibilidades de hacer historia. En primer lugar, postularemos un inicio tentativo en el siglo XVII a partir de la obra de Antonio de León Pinelo y su *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, náutica y geográfica* (1629). Un segundo momento, es el que a fines del siglo XIX se presenta con la *Antología de poetas hispano-americanos* de Marcelino Menéndez Pelayo (1893-1895). En tercer lugar, vamos a considerar el cambio que se produce en la década de 1940 a partir del trabajo crítico de importantes latinoamericanistas como Mariano Picón-Salas y Pedro Henríquez Ureña, quienes habilitan y anticipan, en base a su labor historiográfica, las perspectivas históricas de los años ochenta.

El objetivo general de este artículo consiste en rastrear diferentes momentos de la historia literaria latinoamericana con la finalidad de percibir que, por debajo de esas historias, opera un sustrato historiográfico que transforma las formas de organizar un relato (o un listado que ni siquiera alcanza a constituir un relato). En esta línea, proponemos que la forma narrativa adoptada por diferentes historiadores (o protohistoriadores) de la literatura latinoamericana, en diversos momentos de su desarrollo -la colonia, el siglo XIX, parte del siglo XX) se relaciona con la adopción de modelos historiográficos subyacentes que, por un lado, organizan un tipo de relato particular; por otro, permiten modificar y ampliar el rango de aquellos elementos que forman parte de lo historiable, de lo digno de ingresar (o no) en el terreno variable de la historia literaria.

Palabras clave: historia literaria, literatura latinoamericana, corrientes historiográficas, historia anticuaria, historia literaria moderna.

Abstract: Modern literary histories, those that emerge from the historiographic attempts of German Romanticism, are constituted as a narrative that configures and seeks to organize a sector of the historical spectrum, constituted by authors, works, aesthetic movements. Roberto González Echevarría (1992) proposes that the Enlightenment and Romanticism gave rise to an idea of literary history as a “narrative form”. This conception marks a break with previous forms of recording –encyclopedias, treasures, catalogues– since they only vaguely established the possibility of a narrative, an idea of logical chaining between events. In these long lists, organized alphabetically in some cases and arbitrarily in others, continuities, successions, breaks, outstanding events cannot yet be established: there is only a collection and juxtaposition of elements.

The literary history of Latin America has been shaped through an extensive journey. In this paper we will address some paradigmatic moments in

relation to different possibilities of making history. In the first place, we will postulate a tentative beginning in the 17th century with the work of Antonio de León Pinelo and his *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, náutica y geográfica* (1629). A second moment is the one that appears at the end of the 19th century with Marcelino Menéndez Pelayo's *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-1895). Thirdly, we will consider the change that took place in the 1940s with the critical work of important Latin Americanists such as Mariano Picón-Salas and Pedro Henríquez Ureña, who enabled and anticipated, on the basis of their historiographical work, the historical perspectives of the 1980s.

The general objective of this article is to trace different moments of Latin American literary history in order to perceive that, beneath these stories, a historiographical substrate operates that transforms the ways of organizing a story (or a list that does not even reach constitute a story). Along these lines, we propose that the narrative form adopted by different historians (or protohistorians) of Latin American literature, at various moments in its development - the colony, the 19th century, part of the 20th century), is related to the adoption of underlying historiographic models. that, on the one hand, they organize a particular type of story; On the other hand, they allow us to modify and expand the range of those elements that are part of what is historic, of what is worthy of entering (or not) in the variable terrain of literary history.

Keywords: literary history, Latin American literature, historiographic currents, antiquarian history, modern literary history.

Si interpretar fuera sacar lentamente a la luz una significación enterrada en el origen, sólo la metafísica podría interpretar el devenir de la humanidad. Pero si interpretar es apropiarse, violenta o subrepticamente, de un sistema de reglas que en sí mismo no tiene significación esencial, e imponerle una dirección, plegarlo a una nueva voluntad hacerlo entrar en otro juego y someterlo a reglas secundarias, entonces el devenir de la humanidad consiste en una serie de interpretaciones.

Michel Foucault, *Nietzsche, la genealogía, la historia*

Enciclopedias, tesoros, catálogos; antologías, liras, parnasos; ensayos, historias, corrientes. La historia literaria latinoamericana fue adoptando, a lo largo de los últimos cuatro siglos, diferentes denominaciones para diferentes variantes textuales, en consonancia con vertientes historiográficas vigentes en diversos momentos de ese recorrido. ¿Cómo contar esa historia? ¿Qué incluir? ¿A partir de qué pautas establecer continuidades y cortes, períodos y escuelas? ¿Cómo desarrollar —o no— un camino que permita percibir un despliegue?

El objetivo general de este trabajo consiste en señalar que las variaciones relacionadas con el modo de contar la historia literaria de América Latina se vinculan con la adopción de modelos historiográficos vigentes en un momento determinado, sustratos teóricos que tiñen el relato de la historia de formas diversas. Esos modelos habilitan, también, la incorporación (o no) de ciertos temas, autores y obras, la inclusión de la historia literaria dentro del marco mayor de la historia sin más, por mencionar solo algunas consecuencias.

Consideraremos ciertos momentos clave de ese recorrido, que estarán vinculados fundamentalmente con tres períodos: la historiografía anticuaria propia del siglo XVII y algunas de sus derivas, que alcanzan de forma tenue al siglo XIX, en el que se publica la *Antología de poetas hispano-americanos* de Marcelino Menéndez Pelayo, y que constituye un segundo momento. Luego pasaremos a las ideas de lo que denominamos la “moderna historia literaria”. Dentro de esa vertiente, nos dedicaremos a dos historias de la literatura y la cultura de la primera mitad del siglo XX producidas, respectivamente, por Pedro Henríquez Ureña y Mariano Picón Salas.

La historia literaria en sus inicios: catálogos

Las historias literarias en tanto tales, como obras específicas y no simplemente como el intento aislado por establecer una cronología parcial, no siempre existieron. Aunque Alastair Fowler (2005: 253) señale que ya Dante, en *De Vulgari Eloquentia* (a comienzos del siglo XIV), establece un linaje histórico de autores que merecen ser recordados y considerados como modelos a seguir, entre los que menciona a Virgilio, Ovidio, Estacio y Lucano, las historias como construcciones autónomas y con un objetivo determinado constituyen elaboraciones discursivas relativamente recientes.

Como antecedente lejano, podemos señalar que hacia los siglos XVII y XVIII aparecen los primeros referentes. Esos intentos germinales y distantes en el tiempo pueden apreciarse en algunas tentativas propias de la historia anticuaria, que consistía en la acumulación de detalles biográficos, bibliográficos y de noticias menores, en muchas ocasiones valiosos como insumos para la construcción posterior de las historias, pero carentes de una dimensión histórica *per se*.

Christian Wentzlaff-Eggebert (2006) retrotrae esas tentativas anticuarias a algunos filósofos franceses de los siglos ilustrados, quienes adoptaron para la acumulación y clasificación de datos el criterio alfabético. Como producto de esa perspectiva, se produjeron diferentes diccionarios y tesoros.

Seguramente estos intentos, y muchos otros, llegan a su punto culminante con la *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné de sciences, de arts et des métiers*, publicada en París en 1751. Dirigida por Jean Le Rond D'Alembert y Denis Diderot, la obra representa una especie de síntesis del saber total de una época, la sistematización y organización de los conocimientos adquiridos por los hombres y que pueden ser presentados en ese espacio enciclopédico y alfabético.

Dentro de esa concepción epistemológica vinculada con la acumulación del conocimiento, podemos mencionar a dos historiadores que se encuentran insertos dentro de la tradición anticuaria y que resultaron importantes en el marco de lo que luego serían las historias de la literatura latinoamericana debido al sondeo de datos que realizaron. En primer lugar, Antonio de León Pinelo, autor del *Epítome de la Biblioteca Oriental i Occidental, Náutica i Geográfica*, aparecido en Madrid en 1629. Se trata de un extenso catálogo organizado alfabéticamente y en el que se mencionan las obras que, de un modo u otro y a través del tiempo, hicieron referencia a las Indias. Algo que se percibe rápidamente en el *Epítome* es la pretensión de totalidad, de cubrir el conjunto completo de libros unificados por el referente “Indias”, una empresa que ya desde el comienzo parece volverse imposible: “Afirmo, que para esta obra, he puesto el estudio posible; pero sin embargo conozco, q podrán faltar muchos Autores: a los que los tuvieren, o lo fueren, pido que me lo advierta, aunque sea desde lo más remoto de las Indias” (1629: 10).

En segundo lugar, podría mencionarse a Nicolás Antonio, compilador de la *Bibliotheca Hispana nova, sive Hispanorum scriptorum qui ab año 1500 ad 1684 floruerunt notitia*, publicada en 1672. Si bien constituye también un listado de autores y obras, se diferencia del *Epítome*. Si aquel constituye un real catálogo de nombres y títulos, en este caso se trata de pequeñas entradas que guardan una mayor similitud con una enciclopedia (aunque algunas no tan pequeñas: la referida a Antonio de Nebrija, por caso, ocupa algo más de seis páginas).

Estas concepciones anticuarias y las de sus continuadores cercanos pueden fundamentarse a partir de las perspectivas filosóficas del momento. Mencionamos al movimiento ilustrado. Ernst Cassirer (1993: 226), en *La filosofía de la Ilustración*, remonta los orígenes del movimiento a la figura de René Descartes, en tanto el filósofo francés plantea una clara orientación hacia el pensamiento racional y un alejamiento respecto de la esfera teológica, es decir, de verdades establecidas de forma dogmática por la religión. José Ortega y Gasset (1975) señala que a partir del Renacimiento la fe en la divinidad es sustituida por la fe en la razón. Esta razón triunfante a la que Ortega alude no es capaz de explicar el mundo como totalidad, es decir, tanto en su dimensión natural como en su dimensión histórica. Descartes y los cultores de esa razón que marca el comienzo de la modernidad proponen una homología entre la estructura racional del mundo y el intelecto humano, una coincidencia entre lo real y la estructura cognoscitiva del hombre. La razón físico-matemática produce un saber rigurosamente demostrable, reductible a axiomas y que ofrece certezas absolutas. Dentro del esquema cartesiano, dentro de la racionalidad propia del saber físico-matemático, el conocimiento histórico no encuentra

lugar, ya que no cuenta con la posibilidad de ser matematizado, es decir, de producir saberes indubitables.

Cassirer considera que el filósofo que dentro del pensamiento de la Ilustración permite el ingreso de los hechos del mundo —y no exclusivamente de entes ideales— es Pierre Bayle, quien también cuenta con un *Dictionnaire historique et critique*, publicado en Rotterdam en 1695. Sin embargo, y siempre de acuerdo con la opinión de Cassirer, las consideraciones de Bayle

abren la entrada al mundo de los hechos, pero no disponemos todavía de ningún principio en cuya virtud pudiéramos tomar posesión verdadera de este mundo y dominarlo espiritualmente; porque el conocimiento histórico constituye un mero agregado, una suma de singularidades sin relación y que no muestran ninguna vinculación interna. El ser histórico se presenta ante Bayle como una escombrera enorme y es imposible dominar intelectualmente este material (1993: 228-229).

Como vemos, en Bayle no existe todavía una idea de dirección histórica, un carácter teleológico o evolutivo del pensamiento histórico.

En su recorrido, el autor de *La filosofía de la Ilustración* señala un proceso de avance hacia la constitución de un esbozo de filosofía de la historia, un pensamiento que, si bien se encuentra en ciernes, inicia un camino que va a encontrar su consolidación durante el Romanticismo. De esa forma, señala que Montesquieu, en *El espíritu de las leyes* (1748), es el primero que realmente intenta fundamentar una filosofía de la historia, y que algo similar sucederá con Voltaire y su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* (1756), ya que,

agrega, su propósito consiste no en describir elementos singulares y aislados, sino en presentar el “espíritu de las naciones”. Afirma Cassirer: “Lo que le atrae [a Voltaire] no es la sucesión de los acontecimientos, sino la marcha de la cultura y la íntima conexión de sus momentos diversos” (1993a: 242-243). Es decir, lo que lo atrae es el establecimiento de un orden dentro del curso de la historia. Y cita palabras del propio Voltaire, provenientes de las *Remarques pour servir de supplément à l'Essai sur les moeurs*, de 1763 :

En lugar de acumular una enorme serie de hechos de los que el uno es destruido por el otro, habría que escoger los más importantes y seguros para proporcionar al lector un hilo y colocarle en situación de que se pueda formar un juicio sobre la extinción, renacimiento y progresos del espíritu humano y de que aprenda a conocer el carácter de los pueblos y sus costumbres (Cassirer, 1993a: 243).

Para Cassirer, Voltaire es el primer pensador del siglo XVIII que logra escapar de la pura erudición, del mero rastreo de datos, para tomar un camino diverso: el de la gran obra artística y no el de la pura crónica recopiladora de datos. Jacques Lafaye añadirá: “Con Voltaire nace una historia crítica” (2013: 390)¹.

1. En la misma línea de Cassirer, George Gooch señala que “A pesar de sus evidentes defectos, la historiografía de la Ilustración señala un verdadero progreso. Pone fin a la era de las puras compilaciones. Ensanchó el objeto de la historia convirtiéndola de registro de hechos en perspectiva de la civilización. Intentó introducir normas críticas y principios sociológicos” (1977: 14).

Marcelino Menéndez Pelayo y su *Antología*

Cerca de dos siglos después de aparecidos los catálogos arriba mencionados, se publica, entre los años 1893 y 1895, la *Antología de poetas hispano-americanos* de Marcelino Menéndez Pelayo. La *Antología* puede ser considerada heredera, aunque presenta diferencias importantes, con las tareas de compilación que llevaron a cabo aquellos historiadores a quienes denominamos “recopiladores de datos” —León Pinelo, Nicolás Antonio— cuya obra el santanderino menciona en diversos sectores de su libro. Por lo pronto, se trata de una antología, razón por la cual existe, frente a la búsqueda inicial de una totalidad, un proceso de selección meditado y cuidadoso².

Esa concepción historiográfica anticuaria también encuentra resonancias en la producción de algunos otros historiadores del siglo XIX, como el mexicano Joaquín García Icazbalceta, cuya *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, publicada en México en 1886, constituye una suerte de catálogo. En la propia introducción a la Primera parte de ese libro, titulada “Al Lector”, García Icazbalceta afirma:

No puede haber duda de que en este Catálogo faltan muchas ediciones cuya existencia consta por datos fehacientes; mas sea porque todos los ejemplares han perecido, ó porque yo no he acertado a dar con uno de ellos, el caso es que tales ediciones no han venido a mis manos.

2. Recordemos que la *Antología de poetas hispano-americanos* de Menéndez Pelayo está compuesta, en cada uno de sus cuatro tomos, por dos partes: un sector inicial histórico, en el que proliferan los nombres de autores y obras, y que incluye comentarios y evaluaciones de los textos, y la antología propiamente dicha, que implica necesariamente un meticuloso proceso de selección. Entre 1911 y 1913, con la omisión de los textos literarios escogidos -es decir, sin el sector antológico-, Menéndez Pelayo publicaría la *Historia de la poesía hispano-americana*.

Acaso con el transcurso del tiempo irán saliendo a la luz, y también podrán aparecer otras de que nada se sabía: de esta clase hay varias en el Catálogo. Por lo mismo, este libro quedará pronto muy atrasado; pero era forzoso poner alguna vez término a mis indagaciones. Prefiero dar a conocer lo que hasta ahora he hallado, porque tampoco es imposible que desaparezca algo de ello, y si conservo su memoria no habré trabajado en balde (1886: VI).

Esas omisiones se fundan en la imposibilidad de encontrar otros materiales que puedan ser incorporados a ese “catálogo”, lo que genera una idea de atraso, de obra rápidamente vetusta, anticuada o anacrónica —que ya plantea García Icazbalceta—, y que resulta fundamental y sintomática de un modo de hacer historia: la acumulación, que es, en sí misma, una idea condenada al fracaso. Esa práctica a la que el filósofo francés Jacques Derrida denominó *mal de archivo*³.

De allí la idea que plantea Florencia Calvo (2011), en un artículo dedicado a Menéndez Pelayo, de vincular, en estos proyectos historiográficos, tres nociones: imposibilidad, exhaustividad e inconclusión. Son obras condenadas a la inconclusión y que solo pueden darse por terminadas cuando finaliza la propia vida de quien las escribe: “Lástima tener que morir ahora, faltándome tanto para trabajar...”, cuenta la leyenda que fueron las últimas palabras de Menéndez Pelayo.

3. Como señala Ricardo Nava Murcia a partir de las ideas de Jacques Derrida (1997): “se trata de una *pulsión de archivo*, pulsión de conservarlo todo, de registrar cada detalle, de no permitir que ningún testimonio, documento y monumento se pierdan; es una pasión social por guardar y conservar todo rastro, todo resto, toda huella, de evitar que el tiempo se extravíe. Esta pulsión de archivo es lo que en realidad Derrida llama ‘mal de archivo’. La paradoja constituyente de este mal de archivo es que al mismo tiempo que hay esta pasión por conservarlo todo, no puede haber deseo de archivo sin la finitud radical de la posibilidad de un olvido...” (Nava Murcia, 2012: 98).

En la misma línea de pensamiento, Nora Catelli señala:

Hacia 1870 Marcelino Menéndez Pelayo decidió escribir la cultura española. No reunirlos, ni editarlos, ni revisarlos, sino, literalmente, escribirla toda: fue *su* inventor, bibliotecario, investigador, amanuense, inquisidor y defensor de sus propios perseguidos, notario y cronista de América, punto de referencia de todos los creadores y críticos hasta mediados de este siglo (1998: 396).

Para agregar pocas líneas más adelante: “Desconocía la forma desdeñosa de la omisión; cuando rechazaba lo hacía incluyendo obsesivamente todo el material rechazado a su alcance” (1998: 396).

Esa labor de rastreo total puede verificarse sin dificultades en la *Antología*. En el Tomo III, al relatar las peripecias vinculadas con la acumulación de los datos del virreinato del Perú que hicieran posible el desarrollo de su obra, Menéndez Pelayo recuerda, precisamente, la minuciosa labor de García Icazbalceta y afirma lo siguiente:

[El Perú] por haber gozado del beneficio de la imprenta desde fines del siglo XVI, pudo salvar del olvido *mayor número de muestras* de su primitiva producción literaria. Pero, más desgraciada que Méjico, no ha logrado todavía un Icazbalceta que recoja cuidadosamente *todas las reliquias* del período colonial y levante con ellas imperecedero monumento. Faltos, pues, de un guía tan docto y autorizado, hemos tenido que recoger afanosamente las noticias literarias del Perú en fuentes muy varias y dispersas, y seguramente nuestro trabajo hubiera resultado *incompletísimo*,

sobre todo para los primeros tiempos de la colonia, si generosamente no se hubiera brindado a enriquecerle con noticias peregrinas el que, sin agravio de nadie, podemos llamar nuestro primer americanista, D. Marcos Jiménez de la Espada. (1893: CXLIX. Las cursivas son nuestras).

“Mayor número de muestras”, “todas las reliquias”, “incompletísimo”: el problema de la cantidad y de alcanzar la totalidad de las producciones es una de las inquietudes que guían a Menéndez Pelayo a la hora de producir la *Antología*. Como una suerte de utopía del coleccionista, el objetivo es cubrir la totalidad de lo conocido y descubrir lo desconocido hasta donde resulte posible. Porque si bien los textos antologados son limitados y responden a fuertes criterios selectivos —al fin y al cabo se trata de una antología—, la labor de rescate que efectúa en los estudios críticos —los nombres que allí aparecen, la mención de las obras— exceden en mucho la selección brindada al lector. Estos son los límites, el horizonte de expectativas, con los que parece lidiar la obra del santanderino: como si no se pudiera hacer historia de otra forma, resulta necesario indagar en la totalidad, para luego, dentro de esa totalidad abrumadora que parecería no poder dejar de mencionarse, rescatar solo algunas obras como fruto privilegiado de esa misma totalidad.

La historia literaria en sentido moderno

A comienzos de los años 90 del siglo XX, el crítico cubano Roberto González Echevarría planteaba:

...la historia literaria es una forma narrativa que surge en el período entre la Ilustración y el Romanticismo, entre la idea de que la literatura es una y eterna, y la de que la literatura se crea en un momento y lugar dados que determinan sus características: Herder, los Schlegel, Novalis, Velleman, La Harpe, Sismondi, Madame de Staël, Sainte Beuve, son los conocidísimos nombres que encabezan la historia de la historia literaria (1992: 875).

La idea de historia literaria como “forma narrativa”, que propone González Echevarría, señala un quiebre con los diccionarios, enciclopedias, tesoros, e incluso con las antologías, ya que estos solo vagamente —muy vagamente— podrían instaurar la posibilidad de un relato, una idea de encadenamiento entre sucesos, aunque en algunos de esos catálogos comience a perfilarse ya una idea de literatura nacional⁴. En esas largas listas, organizadas alfabéticamente, en ciertos casos, y arbitrariamente, en otros, no pueden establecerse continuidades, sucesiones, quiebres, acontecimientos destacados: solo existe un acopio y una yuxtaposición de elementos.

La cuestión a determinar es la característica que adoptará ese discurso narrativo al que alude González Echevarría, en función de qué se va a organizar

4. Herbert Grabes (2008) propone que, en Inglaterra, como en el resto de los países europeos, el nacionalismo alcanza su punto culminante en el siglo XIX, aunque la identidad nacional moderna comienza a forjarse hacia fines del siglo XVIII. Sin embargo, Grabes agrega que, siempre en el caso inglés, la constitución de una idea de nación puede retrotraerse al siglo XVI.

la narración: su origen, las peripecias que marcarán su desarrollo, los momentos culminantes y las zonas de oscuridad, los personajes principales y secundarios. Podríamos postular que la organización de esas historias, el sustrato sobre el que estarán construidas, será la perspectiva historiográfica propia de cada historiador, la concepción histórico-filosófico- política en función de la cual se constituirá esa narración histórica, tomará forma, encadenará sucesos, adoptará un orden, establecerá un sistema clasificatorio.

Jürgen Fohrmann (2008: 174) indica que, desde finales del siglo XVIII, la ciencia histórica se coloca por *delante* de las ciencias y no por detrás. Es decir, es la disciplina histórica —a partir de una transformación epistemológica que se produce en esa coyuntura— la que plantea un nuevo modo de acercamiento a los datos y, en consecuencia, la conformación de un nuevo tipo de orden. En este contexto no predominan los acontecimientos, sino la forma aportada por la perspectiva histórica: “Ya no se considera la historia como un campo amorfo sino como un contexto de pleno sentido; no como un conglomerado sino como una estructura ordenada” (2008: 175).

El fundamento para ese orden va a ser otorgado o va a alcanzar cierta organización y una conformación bastante acabada, al menos en Alemania, con la filosofía de la historia de Johann Gottfried Herder. A diferencia de *les philosophes* de la Ilustración, Herder va a postular el carácter racional de la historia: la historia lleva un curso oculto, que puede des/cubrirse, descifrarse, interpretarse⁵.

5. Ernst Cassirer (1993), sin embargo, plantea que no existe un enfrentamiento entre Ilustración y Romanticismo en torno al desarrollo del pensamiento histórico. Percibe, sí, una gradación en el proceso de constitución de ese pensamiento, pero señala que la filosofía de la historia romántica es deudora del pensamiento ilustrado.

¿No ves cómo corre ese río, cómo, tras haber nacido en una pequeña fuente, crece, arranca allí materiales, los deposita en otro lugar, serpentea siempre y sigue perforando cada vez más profundamente, pero continúa siendo agua, corriente, gotas, nada más que gotas, hasta que desemboca en el mar? ¿Y si sucediese lo mismo con la especie humana? ¿Ves ese árbol que crece, ves a ese hombre que aspira a elevarse? Tiene que atravesar diversas etapas en su vida, todas ellas en evidente progreso; es un esfuerzo en sucesión continua (Herder, 2015: 137).

En la concepción herderiana de la historia, el carácter intelectual del hombre continúa la perspectiva de su organismo. Así como el organismo humano —cualquier organismo, en realidad— ya posee en sí, desde sus primeras etapas, las claves de su desarrollo total en sucesivos momentos, el proceso espiritual intelectual también depende de la organización y la salud del cuerpo: “El nuevo ser no es más que una idea hecha realidad de la naturaleza creadora cuyo pensamiento siempre se concreta en hechos” (Herder, 2000: 42).

Y esta concepción encierra una postura determinista: desde su gestación, el organismo encuentra en sí las claves de su desarrollo. Si se traslada esta idea al desarrollo histórico, la realidad puede ser pensada como el desenvolvimiento de una idea (o Idea) de la que no se puede escapar. No obstante, para Herder, también existen factores externos que modifican los rasgos del hombre y de los pueblos: el clima, que genera cambios muy lentamente; el encuentro con otros pueblos, que acelera las modificaciones.

Para asistir a la emergencia de la escritura de la historia literaria e ingresar en lo que podríamos denominar la “historiografía literaria moderna”, habrá que

esperar a fines del siglo XVIII o a los primeros años del siglo XIX, “la edad feliz de la crítica literaria en general y de la historia literaria en particular”, de acuerdo con el juicio de Hans Ulrich Gumbrecht (2010: 122). Entre 1803 y 1812, Friedrich Schlegel pronuncia en París y Viena respectivamente una serie de conferencias sobre literatura europea. La tarea de Schlegel, según propone el crítico brasileño Constantino Luz de Medeiros (2015), constituye un nuevo modo de percibir la historia literaria, ya que considera —para la comprensión completa de las obras— tanto aspectos históricos como sociales. Afirma Luz de Medeiros: “Ese *modus facendi* de historiografía —se refiere a la historiografía de Friedrich Schlegel— difiere completamente de las colecciones y compendios de literatura de su tiempo en que busca no solo catalogar y clasificar las obras, sino también comprender sus aspectos intrínsecos y extrínsecos.” (2015: 37-38. Traducción propia).

Existe un quiebre, entonces, un corte que inserta la teoría de Schlegel sobre la historia literaria en un camino nuevo en el que no solo resulta relevante la adquisición de datos —necesarios, por cierto—, sino también su inserción en una serie que permita que los acontecimientos cobren profundidad histórica.

A contrapelo de la historiografía de la Ilustración, que había desechado ciertas civilizaciones no europeas por oscuras y bárbaras, la historiografía organicista romántica amplió el campo de indagaciones y volvió la mirada hacia pueblos y civilizaciones a los que consideraba con un valor propio, pese a encontrarse en otra etapa de desarrollo (al menos según los términos eurocéntricos del pensamiento ilustrado). El acercamiento romántico al pasado se explica bajo la concepción de la historia como progreso, como el desenvolvimiento de un proceso que conduce al presente.

Ese pasado está constituido por la Edad Media, momento en el que comenzaron a gestarse los cantares de lo que luego serían las diferentes lenguas nacionales. Atravesando los siglos, cada nación horada las sucesivas capas históricas hasta llegar a un pasado originario. Ese trabajo arqueológico permite encontrar una suerte de momento iniciático a partir del cual se construye la identidad nacional. De allí la fascinación de Herder por relatos pretéritos en los que cree percibir una especie de esplendor originario, que lo llevaron a afirmar que “los orígenes muestran la naturaleza de una cosa” (Citado por Sarlo, 1980: III) y a rastrear los famosos poemas de Ossian⁶, de supuesta tradición escocesa, o poemas del quechua traducidos al español por el Inca Garcilaso⁷. En resumen, podemos considerar que en Schlegel se percibe la búsqueda retroactiva de un origen propio —europeo, pero también nacional— y un movimiento hacia un estado de plenitud que, partiendo de ese origen, se proyecta al absoluto⁸.

6. Ossian fue un poeta en la gaélica lengua erse, traducido al alemán por el sacerdote católico Michael Denis, y considerado por Herder un modelo de la poesía antigua. Finalmente se demostró que, lejos de ser un antiguo poema de tradición gaélica, resultó ser una falsificación efectuada por James Mcpherson en el siglo XVIII.

7. Pedro Ribas (2015: LIX) señala erróneamente que Herder tradujo al alemán poesías del Inca Garcilaso, quien no cuenta con obra poética. El trabajo de Herder consistió en traducir a su lengua poemas que el Inca había traducido del quechua al español, pero que no eran de autoría propia.

8. En el espacio latinoamericano, son numerosas las historias literarias nacionales que siguen la trayectoria mencionada. Es posible encontrar un listado de las historias escritas a la sombra de las concepciones del romanticismo en González Stephan (1987).

La historia literaria de América Latina: la década de 1940

A diferencia de los modelos anticuarios y de la *Antología* de Menéndez Pelayo, que constituyeron momentos importantes pero tentativos de la historia literaria latinoamericana, la década de 1940 está signada por una serie de hechos culturales fundamentales, que incorporan la adopción de otros modelos historiográficos. No nos referimos a la aparición de obras literarias puntuales y resonantes (que existen, por cierto, durante el transcurso de esos diez años), sino, puntualmente, a dos acontecimientos historiográficos que consideramos muy relevantes.

A fines de 1940 y comienzos de 1941, Pedro Henríquez Ureña dicta en la Universidad de Harvard, en el marco de la cátedra Charles Elliot Norton, una serie de conferencias: ocho encuentros destinados fundamentalmente a historiar la literatura de la América hispánica —como él la denomina—. Cuatro años más tarde aparecerían como libro en la versión inglesa. En 1949, traducidas por Joaquín Díez-Canedo, las *Corrientes literarias en la América Hispánica* ven la luz publicadas por el Fondo de Cultura Económica de México. Es decir que esas ideas del dominicano, bajo diferentes formatos e idiomas, atraviesan toda la década.

En 1944, Mariano Picón Salas, edita en el Fondo de Cultura Económica de México su breve libro *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. Dedicado a Alfonso Reyes y prologado —a partir de la segunda edición— por Pedro Henríquez Ureña, representa un esfuerzo de filiación intelectual, de encuadramiento dentro de una determinada línea de pensamiento y de analizar e inquirir a la América española. Resulta, también, uno de los primeros esfuerzos de lograr una síntesis a nivel continental. Al igual que en el caso de Henríquez Ureña, el libro de Picón Salas es producto

de la “refundición” –como él mismo señala– de diferentes cursos que dictó en universidades y *colleges* norteamericanos: fundamentalmente en el departamento de español de la Columbia University y en el Smith College de Northampton.

Estos años cuarenta representan un período de constitución de la literatura latinoamericana como sistema. Un momento muy diferente al de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, pero no sólo por las circunstancias históricas o por la prodigalidad de obras que la literatura latinoamericana pudo generar durante ese lapso de alrededor de cincuenta años. La gran diferencia acontece en el plano historiográfico, en las diferentes concepciones respecto del modo de escribir la historia que separan a aquellas escritas a fines del siglo XIX —y toda una tradición que anteriormente se venía gestando— de las que acabamos de mencionar. Peter Burke (2006) ha manifestado que la escuela francesa de los *Annales* provoca una serie de transformaciones con respecto a cierta historiografía previa, fundamentalmente a partir de dos de sus principales representantes: Marc Bloch y Lucien Febvre. Entre esas transformaciones pueden señalarse la postulación de un problema que guía la interpretación histórica; la incorporación al discurso histórico de una serie de actividades humanas que orientan la explicación en desmedro de una historia exclusivamente destinada a la consideración de sucesos políticos; la inclusión en la disciplina histórica de otras disciplinas que contribuyen a esa búsqueda de totalidad de las ramas del saber (la lingüística, la antropología, la sociología, la psicología...) y que llevaba a Febvre a combatir *l'esprit de spécialité*. Otro integrante de la escuela, Fernand Braudel, señalaba en un artículo de 1958 que

El historiador ha querido volver su atención a todas las ciencias del hombre. Eso es lo que da a nuestro oficio extrañas fronteras y extrañas curiosidades (...) Todas las ciencias del hombre, comprendida la historia, están contaminadas unas con otras. Hablan el mismo lenguaje, o pueden hablarlo (1991: 51).

La labor historiográfica de estos años cuarenta, quiebra —entonces— esta lógica acumulativa y busca establecer líneas de continuidad que, sin realizar un acopio de nombres, sin caer en la multiplicidad de obras y autores permita percibir un proceso de desarrollo de la literatura latinoamericana. Es decir, habilita el pensamiento histórico. La ruptura no resulta sencilla, desde luego. En carta fechada el 19 de mayo de 1914, Alfonso Reyes señala a Pedro Henríquez Ureña: “Es urgente, hace días que tengo esa angustia: hay que emanciparse de Menéndez Pelayo. Es casi imposible, pero de imprescindible necesidad. ¿Cómo hacer?” (Tomo I, 1981: 240).

Y Henríquez Ureña —pese a su admiración tantas veces señalada por la labor del santanderino— intentará esa ruptura hacia los años 20, en el texto programático “Caminos de nuestra historia literaria”. Lo que parece estar reclamando el dominicano es —precisamente— la consideración de otro modelo de historia literaria, en el que tome la palabra lo cultural o lo conceptual por sobre la sumatoria. Lo que los historiadores posteriores reclamarán es la organización de la historia literaria a partir de ciertas líneas que le brinden coherencia y que permitan apreciar un desarrollo y una evolución. En esta línea pueden leerse las palabras de Henríquez Ureña en la “Introducción” a las *Corrientes literarias en la América Hispánica*: “Las páginas que siguen *no tienen la pretensión de ser una*

historia completa de la literatura hispanoamericana. Mi propósito ha sido seguir las corrientes relacionadas con la “busca de nuestra expresión”. (1969: 8. El subrayado es nuestro)

La aclaración del dominicano se produce porque su búsqueda recorre otros caminos: no pretende abarcar una totalidad imposible de alcanzar, ni internarse por una vertiente metodológica condenada al fracaso, sino percibir líneas de continuidad y de ruptura; establecer comienzos, finales y recomienzos; delimitar olvidos y persistencias. Y, por supuesto, un núcleo fundamental de autores en torno a los cuales establecer una organización de la historia literaria latinoamericana. En un apartado denominado “Tabla de valores” incluido en el mismo texto agrega: “La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó” (1989: 47).

La idea de *valor* parece ser clave a la hora de rescatar ciertas figuras centrales y descartar otras, porque ese criterio de inclusión y exclusión será el que permita la organización de la historia.

La conclusividad, la completitud —otro tipo de completitud, fundado en la búsqueda de un proceso y no en la multiplicidad— se podrán lograr recién con los modelos de historia literaria propios de otro horizonte historiográfico.

Esto no significa que pueda ser una historia completa en los mismos términos en los que la pensaba el siglo XVIII o XIX, en tanto listado consumado, acabado, sino en tanto recorrido narrativo que se cierra en sí mismo. La historia, en este sentido, representa la construcción que llevó a cabo el historiador, construcción que permite otorgar sentido a los acontecimientos del pasado, pero también proyectar una significación y un orden hacia los que todavía no se

produjeron. Es por eso que la historia narrativa permite conjurar la proliferación.

José María Pozuelo Yvancos afirma que

...toda historia literaria, si realmente quiere serlo, tiene que trascender el modelo positivista del simple registro documental del pasado, para abrazar otro modelo (...) predictivo por el cual el dato se convierte en suceso, en acontecimiento, en una estructura narrativa de continuidad que se proyecta hacia el futuro... (2006: 26).

Por supuesto que, como no puede ser de otra manera, en las *Corrientes* también aparecen nombres, enumeraciones, listados, pero como señala Rafael Gutiérrez Girardot: “Cuando Pedro Henríquez Ureña hace una enumeración de autores con sus fechas precisas, la apariencia engaña: no es una enumeración, sino la exposición sucinta de un proceso” (1994: 24).

Y ese proceso posee, en el caso del dominicano, un alcance continental que remite, además, a su idea de utopía americana. Esas “corrientes” que atraviesan el territorio de América Latina y que Henríquez Ureña retoma de la obra del danés Georg Brandés, constituyen líneas de religación que permiten fundar una comunidad literaria y cultural que abarca ese territorio en su totalidad⁹. La literatura latinoamericana —desde la perspectiva del dominicano— debe ser vista como un proceso de constitución, una búsqueda hacia el futuro (y no hacia el pasado, en los términos en que lo planteaba el romanticismo de Schlegel y Herder). Se organiza

9. Georg Brandes publica *Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX*, cuyo origen se encuentra en unas conferencias dictadas en 1871 y cuya edición definitiva data de 1924. En esa obra adopta como objeto de estudio un sector de la producción literaria europea comprendida entre 1800 y 1848.

en un proceso, en un hacerse, en una permanente realización. Las corrientes que propone Henríquez Ureña no se encuentran establecidas de antemano, sino que esos cauces de agua horadan el territorio por el que avanzan, organizan su recorrido, construyen sus propias redes de circulación. La tarea del historiador consiste en postularlas a través de su labor interpretativa.

En la misma línea, la pregunta que Mariano Picón Salas se propone responder en *De la Conquista a la Independencia* parece ser la siguiente: ¿cómo se formó la cultura hispanoamericana en sus primeros tres siglos de historia? Pregunta compleja cuya respuesta no puede consistir en el generoso aporte de datos, sino en la explicitación del proceso de formación de una cultura. El objetivo de Picón Salas es mostrar

...la imagen más nítida que me fue posible del proceso de formación del alma criolla. Cómo se forma la cultura hispanoamericana; qué ingredientes espirituales desembocan en ella, qué formas europeas se modifican al contacto del Nuevo Mundo, y cuáles brotan del espíritu mestizo, son los interrogantes a que quiere responder este ensayo de historia cultural (1985: 15).

Y agrega que:

Más que *el ciego acarreo del dato* me interesó su tipicidad, y a la página plagada de citas preferí, de acuerdo con mi temperamento, lo que revelaba no sólo un esfuerzo de transmitir noticias, sino lo que es humanamente más urgente: entenderlas (1985: 16. El resaltado es nuestro).

Es necesario, entonces, interpretar los datos, incluirlos dentro de un universo más vasto que permita su elucidación, insertarlos en una red de significado, otorgarles un lugar en un sistema de ideas previas, de categorías interpretativas, lo que les permitirá pasar a formar parte de un todo organizado y coherente. Es precisamente lo que destaca Henríquez Ureña. La tarea emprendida por Picón-Salas es la de otorgar un orden al caos de los acontecimientos a partir de la incorporación del punto de vista de la “alta intuición poética que reclama toda historia para que sea algo más que un amasijo de datos ordenados cronológicamente” (1985:16).

Unos pocos años después, en el “Prólogo” a la edición de 1967 (la 1ª edición es de 1954), Enrique Anderson Imbert explicitará, a través de ciertas metáforas ópticas, en qué consiste el trabajo del historiador:

El historiador —afirma— compone un aparato óptico con lentes y espejos, desde que se asoma al transcurso de las letras; y configura en un libro con ‘forma’ —con forma unitaria, continua, lisa y redonda— sus propias observaciones y también observaciones forasteras. Arte compositivo (1995: 12).

Y es en este punto en el que existe una diferencia fundamental con la historiografía de las décadas precedentes. Si Picón-Salas comienza hablando de una “compleja y vasta materia” y de la “alta intuición poética que reclama toda historia”, Anderson Imbert completa el planteo, o al menos lo continúa, al presentar la intromisión de la forma —una forma unitaria, continua, lisa y redonda— que otorga sentido. Pero a pesar de que en el “Prólogo” Anderson Imbert realiza esta

propuesta historiográfica, su libro, en buena medida, parece desmentirla. Hay un sentido en el que la obra del crítico argentino constituye un retroceso respecto de las consideraciones que se habían realizado en los años cuarenta. El criterio generacional que emprende no retoma las perspectivas culturalistas anteriores, que resultan claramente superadoras para la consideración de la literatura y la cultura latinoamericanas.

La historia, la historia cultural en este caso, ya que Picón-Salas rotula a su libro como “ensayo de historia cultural”, constituye un trabajo de síntesis y no un mero catálogo. Preocupado por el modo de encarar la escritura de la historia, muestra su desvelo por el método historiográfico a seguir.

En una conferencia que pronuncia con ocasión de su ingreso como miembro de la Academia Nacional de la Historia¹⁰, en Venezuela, en 1947, publicada luego como “Rumbo y problemática de nuestra historia”, Picón Salas aparece como un historiador reflexivo sobre los destinos de la escritura de la historia, sobre esa forma de discursividad y sobre las nuevas tradiciones historiográficas, entre las que subraya, precisamente, a la historia cultural. Propone este tipo de historia interdisciplinaria que ya se destaca en *De la Conquista a la Independencia*, un tipo de historia en la que colaboren lingüistas, etnógrafos, antropólogos, folkloristas. Y esa labor resultará fundamental para el proceso transculturador que, según Picón-Salas, es uno de los rasgos fundamentales de nuestra historia. Afirmó en esa conferencia inaugural:

10. En la sesión del 12 de junio de 1947, Mariano Picón Salas fue electo Académico para ocupar la silla letra F, vacante por muerte de don Pedro Emilio Coll” (Boletín Academia Nacional de la Historia, T. XXX, N° 118, Caracas, 1947: 212). Allí su Discurso de recepción versó sobre “Rumbo y problemática de nuestra Historia”.

...mientras que antropólogos, arqueólogos y lingüistas ordenan y sistematizan los materiales, sí es posible comenzar a ver el mundo indio de modo más intenso, siquiera con mayor emoción estética, que la que le dedicamos hasta ahora (1983: 44).

Y completa diciendo que

La Historia de las ideas en que comienza a interesarse un grupo nuevo y muy empeñado de historiadores hispanoamericanos, es mucho más que estudiar la influencia del pensamiento europeo en América. Es esclarecer, al mismo tiempo, qué reacciones, cambios y reajustes suscitaron aquellas ideologías en su choque con un medio social distinto (1983: 47).

Es la forma en que Picón Salas consigue poner a funcionar un concepto, el de “transculturación”, que resultará muy productivo a la hora de interpretar una historia global hispanoamericana.

El amasijo de datos, la profusión de acontecimientos, encuentran un cauce que permite el establecimiento de series, encadenamientos, permanencias, duraciones, rupturas, persistencias. De un sistema explicativo, en definitiva, de una “alta intuición poética” —para retomar las palabras de Picón— que organice a América Latina como una totalidad.

Es necesario aclarar, no obstante, que estos intentos de Picón-Salas y Henríquez Ureña, esta propuesta crítica y esa búsqueda de una unidad de expresión para la literatura latinoamericana, obligan, como sostiene María Teresa Gramuglio, “a silenciar aspectos conflictivos”. Agrega también que: “La unidad de lo que prefería llamar ‘América Hispánica’ –Gramuglio se refiere

fundamentalmente a la obra del dominicano— como totalidad era asumida en este libro como un hecho, y ni el objeto ni el método merecieron en esas páginas ninguna discusión” (2013: 380).

Habrà que esperar varios años para que comiencen a percibirse diferentes problemas teórico-historiográficos que resultaban, todavía, poco visibles al dominicano, un horizonte de expectativas intangible: cuestiones vinculadas con la revisión del recorte del espacio continental, con la convivencia de diferentes sistemas literarios e idiomas diversos, con criterios de periodización heredados, con el rol asignado (o no) a la literatura producida por ciertos grupos invisibilizados. Estos “aspectos conflictivos”, a los que refiere Gramuglio, comenzarían a ser sistematizados y considerados, fundamentalmente, en los años 80 del siglo XX, años en los que los principales especialistas del ámbito latinoamericano encabezaron una serie de reflexiones vinculadas con la perspectiva propia del comparatismo, que permitió que se plantearan preguntas nuevas en torno a la complejidad del proceso cultural latinoamericano. Hacia los años 80, críticos de renombre (Ana Pizarro, Antonio Cândido, Ángel Rama, Rafael Gutiérrez Girardot, Antonio Cornejo Polar, entre otros) propusieron y discutieron nuevos caminos de la crítica literaria latinoamericana, tales como el alcance de la América Latina, el recorte del campo de estudio, la incorporación de las literaturas orales, la inclusión de la literatura escrita por mujeres, la coexistencia de las lenguas indígenas, la convivencia de diferentes sistemas literarios, aspectos que, si bien no eran desconocidos hasta ese momento, cobraron otra entidad en el proceso de constitución de una nueva historia literaria latinoamericana.

Bibliografía

- Anderson Imbert, Enrique (1995). *Historia de la literatura hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Antonio, Nicolás (1778). *Bibliotheca hispana nova, sive hispanorum scriptorum qui ab anno MD ad MDCLXXXIV floruerunt notitia*. Matriti: Apud Joachimum de Ibarra Typographum Regium.
- Braudel, Fernand (1991). "Historia y ciencias sociales. La larga duración". En: *Escritos sobre Historia*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 39-74.
- Burke, Peter (2006). *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona: Paidós.
- Calvo, Florencia (2011). "Menéndez Pelayo y la *Historia de la Literatura*. ¿Proyectos inconclusos o cánones abiertos?". En Florencia Calvo; Lidia Amor (eds.) *Historiografías literarias decimonónicas. La modernidad y sus cánones*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 55-72.
- Cassirer, Ernst (1993). *Filosofía de la Ilustración*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Catelli, Nora; Gargatagli, Marieta (1998). *El tabaco que fumaba Plinio. Escenas de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Derrida, Jacques (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Editorial Trotta.
- Fohrmann, Jürgen (2008). "Historia de la literatura alemana y proyecto histórico en la primera mitad del siglo XIX". En: Leonardo Romero Tobar (ed.) (2008). *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp.173-188.
- Fowler, Alastair (2005). "Las dos historias". En Luis Beltrán Almería y José Antonio Escrig (eds.) (2005). *Teorías de la historia literaria*. Madrid: Arco Libros, pp. 253-271.
- Foucault, Michel (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-Textos.
- García Icazbalceta, Joaquín (1886). *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. México: Andrade y Morales.
- González Echevarría, Roberto (1992). "Álbums, ramilletes, parnasos, liras y guirnaldas: fundadores de la historia literaria latinoamericana". En *Hispania*, Vol. 75, N° 4, pp. 875-883.
- González Stephan, Beatriz (1987). *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas.
- Gooch, George (1977). *Historia e historiadores en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Grabes, Herbert (2008). "Sirviendo a la nación: la creación de las historias de la literatura inglesa y la identidad nacional". En Leonardo Romero Tobar (2008). *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 189-205.
- Gramuglio, María Teresa (2013). "Literatura comparada y literaturas latinoamericanas. Un proyecto incompleto". En: *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario: Editorial Municipal de Rosario, pp. 374-385.

- Gumbrecht, Hans Ulrich (2010). “¿Debemos seguir escribiendo historias de la literatura?” En *Historia y grafía*, N° 34, pp. 111-132.
- Gutiérrez Girardot, Rafael (1994). *Cuestiones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Henríquez Ureña, Pedro; Reyes, Alfonso (1981). *Epistolario íntimo (1906-1946)*. (3 vols.). Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- Henríquez Ureña, Pedro (1969). *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1989). *La utopía de América*. Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Herder, Johann Gottfried von (2000). “1. Genio nacional y medio ambiente”. En: Álvaro Fernández Bravo (comp.) (2000). *La invención de la nación. Lecturas de identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.
- Foucault, Michel (2004). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Pre-Textos.
- Herder, Johann Gottfried von (2015). *Ensayo sobre el origen del lenguaje et al.* Madrid: Gredos.
- León Pinelo, Antonio de (1629). *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica i Geográfica*. Madrid: Juan González.
- Luz de Medeiros, Constantino (2015). “Friedrich Schlegel e o surgimento da historiografia literária moderna”. En *Revista de Letras*, São Paulo, v. 55, N° 1, jan./jun., pp. 37-53.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1893-1895). *Antología de poetas hispano-americanos*. Madrid: Estudio Tipográfico “Sucesores de Rivadeneyra”.
- Nava Murcia, Ricardo (2012). “El mal de archivo en la escritura de la historia”. En *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, año 19, N° 38, enero-junio, pp. 95-126.
- Ortega y Gasset (1975). *Historia como sistema*. Madrid: Revista de Occidente.
- Picón-Salas, Mariano (1983). *Viejos y nuevos mundos*. Selección, prólogo y cronología de Guillermo Sucre. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- (1985). *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pozuelo Yvancos, José (2006). “Canon e historiografía literaria”. En *Mil seiscientos dieciséis*, Anuario 2006, vol. XI, pp. 17-27.
- Ribas, Pedro (2014-2015). “Herder: su acercamiento al lenguaje”. En *Cuadernos sobre Vico*, 28-29, pp. 145-155.
- Sarlo, Beatriz (1980). “Estudio preliminar”. En AA.VV. *Crítica literaria. Romanticismo y positivismo (Taine, De Sanctis et al.)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. I-X.
- Wentzlaff-Eggebert, Christian (2006). “La evolución de la historiografía literaria en los siglos XIX y XX y algunos planteamientos recientes para la sistematización de la historia de la cultura en Alemania”. En *Orbis Tertius*, Vol. 11, N° 12, pp. 1-11. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.225/pr.225.pdf